



Don Quijote en los cinco continentes

Acerca de la recepción internacional
de la novela cervantina

Coordinador:
Hans Christian Hagedorn



colección
HUMANIDADES

125

DON QUIJOTE SEGÚN RUBÉN DARÍO: UNA VISIÓN TRASCENDENTAL DEL FIN DE SIGLO

Esther BAUTISTA NARANJO
Universidad de Castilla-La Mancha

“Cuando no va en Rocinante hacia el heroísmo,
va en Clavileño hacia el ensueño”.
Rubén Darío: “Hércules y D. Quijote”¹

1. INTRODUCCIÓN

La interpretación romántica del personaje de don Quijote cobró un significado especial en la *débâcle* del Imperio español. Como muchos intelectuales de la época, Rubén Darío, quien se autodeclaró “hijo de América y nieto de España”², vio en don Quijote el símbolo de la nación dolida por la catástrofe de 1898. Muchas publicaciones se han consagrado a estudiar el españolismo de Darío y la influencia de Cervantes en su obra, especialmente en su producción poética³. No obstante, consideramos necesario trazar

1 En: Rubén Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)* (ed.: Jorge Eduardo Arellano). Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2005, pág. 50.

2 En su poema “I” de “Los cisnes”, incluido en *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas* (1905). Rubén Darío: *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*. Barcelona: Linkgua, 2007, pág. 49.

3 Visión influida, aunque no determinada, por su concepto de lo hispano. Algunos autores que han escrito al respecto son: Luis Alberto Sánchez: “Rubén, fidelísimo lector de

un eje temático en torno a la figura de don Quijote y las alusiones al alcaíno que aparecen reflejadas en distintos subgéneros en prosa y verso cultivados por Darío, por orden cronológico de aparición, para intentar demostrar que su interés por el hidalgo manchego supone una instancia en la sacralización del mito de este personaje literario. Hablaremos de su producción cuentística y ensayística, y, más en profundidad, destacaremos la admiración del autor nicaragüense (Metapa, hoy Ciudad Darío, Matagalpa, 1867 — León, 1916) por don Quijote desde dos crónicas cervantinas “desconocidas y eruditas”⁴ para finalizar con algunas consideraciones sobre sus poemas más significativos en relación con esta temática.

Este corpus, representativo de su amor por España y que gira en torno a la figura de don Quijote, ha sido recopilado por Jorge Eduardo Arellano, director de la Academia Nicaragüense de la Lengua, y publicado conjuntamente bajo el título *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)* (Managua, 2002). Con ocasión del cuarto centenario de la publicación de la Primera Parte del *Quijote*, en 2005, esta obra se reeditó con un prólogo ampliado del propio Arellano y anotaciones de Günther Schmigalle.

Este conjunto de relatos breves, ensayos, crónicas, cuentos y poemas que Rubén Darío —quien se consideraba “español de América y americano de España”⁵— dedica a la figura del ilustre hidalgo desde una profunda empatía ha sido objeto de nuestro estudio sobre peregrinos en la Mancha tras las huellas de don Quijote⁶. Más en concreto, sus crónicas de viajes a la Mancha adquieren un

Cervantes” (1962); Francisco Javier Díez de Revenga: “El cervantismo de *Cantos de vida y esperanza* (Rubén Darío y la tradición áurea)” (2005); Alberto Acereda: “Introducción. Por un auténtico Rubén Darío” (2005).

4 Jorge Eduardo Arellano: “Rubén Darío y sus páginas cervantinas”. En: R. Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)*, op. cit., págs. 9-18, aquí pág. 12. Cf. Rubén Darío: *Crónicas desconocidas (1901-1906)* (ed. de Günther Schmigalle). Berlín, Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, Tranvía, 2006.

5 Rubén Darío: “Historia de mis libros” (capítulo sobre *Cantos de vida y esperanza*), citado en: J. E. Arellano: “Rubén Darío y sus páginas cervantinas”, op. cit., pág. 12.

6 Esther Bautista Naranjo: *Un americano en La Mancha tras las huellas de don Quijote. Traducción y estudio de ‘On the Trail of don Quixote’ (1897) de August Jaccaci*. Ciudad Real: Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla-La Mancha, 2010. Este trabajo de investigación, financiado por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha a través de una Beca para la Formación del Personal Investigador, incluye un estudio comparativo de la obra de Jaccaci y de otros relatos de viajeros románticos y del Fin de Siglo por la ruta de don Quijote, tras una “lectura mítica” de la obra cervantina. En el marco de esta puesta en común se abordan las crónicas del viaje de Rubén Darío a la Mancha en 1905, de las que hablaremos en el presente estudio.

valor especial a la luz de la comparación con los relatos de otros seguidores de la estela de don Quijote. A ellas dedicaremos la mayor parte del presente trabajo, en el que pretendemos poner de relieve la asimilación y reescritura del mito literario de don Quijote según Rubén Darío, como testimonio no sólo de la recepción de esta figura en Hispanoamérica sino también de su adquisición de un valor simbólico y trascendental en el contexto de la crisis espiritual del Fin de Siglo.

2. DARÍO Y EL MITO DE DON QUIJOTE

La novela sobre el Caballero de la Triste Figura sería, para Darío, una de sus más importantes lecturas juveniles, una de las obras que marcarían su desarrollo intelectual⁷ —por ejemplo, en su etapa como bibliotecario en la Biblioteca Nacional de Nicaragua—, y uno de los libros que conservaría hasta el fin de sus días —junto con la Biblia y una obra en francés del alemán Max Müller⁸—, a la vez que un eje vertebrador de su principio compositivo y poético. Darío se nos presenta, por tanto, como un autor voluntaria y conscientemente influido por la obra cervantina, de la que es un entusiasta lector y un ferviente admirador.

El afecto de Darío por don Quijote se sitúa dentro de la concepción romántica del personaje, de la que es continuador⁹. Es en esta época cuando eclosiona el mito en torno a la figura del hidalgo manchego¹⁰. Como señala Jean Canavaggio en su *Don Quijote, del libro al mito* (2005)¹¹, la lectura cómica y satírica de la obra cervantina, que siguió inmediatamente a su publicación hasta bien entrado el siglo XVIII, dejó paso, en los albores del XIX, a una

⁷ Como indica su *Autobiografía* (1912). Cf. Rafael Alarcón Sierra: "Rubén Darío y Don Quijote". En: *Crítica Hispánica* n.º 27/2 (2005), págs. 111-131, aquí pág. 114. J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 12.

⁸ J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 17.

⁹ R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 123.

¹⁰ Diversos motivos dan cuenta de este cambio en la interpretación del protagonista cervantino; obviamente, la estética del Romanticismo asimiló la figura a su propia forma de entender la literatura y el mundo. Sin embargo, el profesor Martínez Mata apunta razones tales como el interés por la biografía de Cervantes, cuyas hazañas son asimiladas a las de su personaje, y el cambio en la representación iconográfica del caballero. Entre los principales ilustradores, fue Gustave Doré quien operó la transformación definitiva. Cf. Emilio Martínez Mata: "El cambio de interpretación del *Quijote*: de libro de caballerías a obra clásica". En: *Cervantes y el Quijote. Actas del Coloquio Internacional*. Madrid: ArcoLibros, 2007, págs. 197-212.

¹¹ Jean Canavaggio: *Don Quijote, del libro al mito*. Madrid: Espasa, 2006.

visión mediatizada por el movimiento romántico. Más en particular, fueron los románticos ingleses los pioneros en configurar a don Quijote como un "mensajero de ideal"¹². Si, tomado desde el Barroco y la Ilustración, don Quijote encarna un ridículo fantoche que causa la carcajada, a partir del Romanticismo representa un ideal heroico que entra en conflicto con la cruda realidad que aniquila sus pretensiones. En la "lectura mítica" del *Quijote* tuvo una crucial importancia el hecho de que la crítica romántica comenzara a reconocer el carácter especial de la Segunda Parte, donde los ideales del caballero son burlados cruelmente por los personajes que le rodean. El ideal de nobleza y heroísmo que defiende don Quijote, apoyándose en la lectura "realista" de sus amados libros, que le mueven a querer "resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería"¹³, le hace un caballero anacrónico, cuyas nobles pretensiones quedan fuera de lugar y de tiempo. Su deseo de "andar por el mundo enderezando entuertos y desfaciendo agravios"¹⁴ le convierte en un héroe visionario, del mismo modo que el poeta romántico es un *vates* o profeta que aspira a aprehender una realidad idílica a la que, por su especial sensibilidad, ha podido acceder.

Como hemos señalado, los románticos ingleses (especialmente los de la primera época¹⁵) y alemanes (para quienes la novela sobre el Caballero de la Triste Figura fue un nexo de unión¹⁶) emprendieron la exploración de una nueva lectura del *Quijote* —una nueva interpretación del personaje del ingenioso hidalgo— que se oponía a la visión anterior. Lo que para los ilustrados había sido motivo de risa —las aventuras y vivencias del protagonista—, resultaba una dolorosa experiencia de la crueldad humana bajo la sensibilidad romántica, haciendo de don Quijote un héroe trágico.

Con estos breves apuntes pretendemos ilustrar cómo don Quijote comenzó a ser considerado una figura sublime, un héroe melancólico (según la teoría

12 Ibid., pág. 139 y sigs.

13 Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha* (ed. dir. por F. Rico). Barcelona: Crítica (Instituto Cervantes), 1998, I/cap. XXVIII/pág. 317. Para todas las citas del *Quijote* remitimos a esta edición.

14 Ibid., I/cap. XIX/pág. 204.

15 Los románticos del *Lake District*, Wordsworth y Coleridge, aunque también los exaltados Scott y Byron, leyeron con compasión las aventuras del hidalgo.

16 Según apunta Daniel Eisenberg, Novalis fue más tangencial al movimiento precisamente por dedicar menor atención a la obra de Cervantes; véase su "Appendix: The Influence of *Don Quixote* on the Romantic Movement". En: *A Study of Don Quixote*. Newark: Juan de la Cuesta, 1987, págs. 205-223, aquí pág. 213.

de los humores) burlado por la realidad¹⁷. Podríamos incluso hablar de un héroe maldito o martirizado, lo que nos lleva a la interpretación imperante al comienzo del siglo XX: la “santificación” de don Quijote¹⁸. Pero antes de abordar la concepción religiosa, es conveniente situar al hidalgo en el contexto del Fin de Siglo español.

3. LA POLÉMICA ENTRE DARÍO Y UNAMUNO

La crisis provocada por la pérdida, en 1898, de los últimos bastiones del Imperio español de ultramar —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— asestó un duro golpe al orgullo del pueblo español. Los intelectuales de la época se esforzaron en buscar nexos de unión que vivificaran el sentimiento nacional y que propiciaran una reconstrucción espiritual. En esta situación, don Quijote fue aclamado como la figura mítica y salvadora que podía cumplir esta póstuma misión. El hidalgo aparece como representante de un pasado heroico y de un ideal de futuro, encarnando el espíritu regeneracionista de los círculos intelectuales del 98. La novela se convirtió entonces en “símbolo del vitalismo irracionalista”, en la “Biblia profana” de los españoles —según Clarín—, “nuestra biblia nacional” —según Unamuno—, y el personaje fue considerado “nuestro Ulises” por Ángel Ganivet¹⁹.

Para los noventayochistas, don Quijote aparece como símbolo enigmático y contradictorio de la realidad hispánica desde la visión regeneracionista y utópica²⁰. Erigido para muchos en evangelio que guiaría la regeneración nacional, la novela suscitó polémicas lecturas, tales como la reinterpretación unamuniana que provocó en Darío tanto la admiración como la oposición en distintos momentos.

17 Lo que le equiparaba a personajes tan reputados como los grandes héroes trágicos shakespearianos, coetáneos de los creados por Cervantes.

18 Ziolkowski resume la evolución del mito en tres grandes tendencias: “the sympathetic response to the knight in the eighteenth century; the Romantic interpretation in the nineteenth; and the religious view in the twentieth”. Eric J. Ziolkowski: *The Sanctification of don Quixote. From Hidalgo to Priest*. University Park: Pennsylvania State University, 1991, pág. x.

19 Eva María Valero Juan: “Del heroísmo hacia el ensueño: en torno a las ‘Páginas cervantinas’ de Darío en los alrededores culturales del 98”. En: *Anales de Literatura Hispanoamericana* n° 37 (2008), págs. 143-159, aquí págs. 146-147 (<http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI0808110143A.PDF>; consulta: 13 de marzo de 2014).

20 R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 111.

Unamuno expone su visión del personaje cervantino principalmente en *En torno al casticismo* (1902) y *Vida de don Quijote y Sancho* (1905). Siguiendo a Taine y Heine, trata de indagar la “intrahistoria” de los pueblos. Para Unamuno existe una identificación mística de don Quijote con el pueblo español. Como afirma Navarro, “Don Quijote se concebirá como el portador de determinada actitud vital, presente en la Península durante sus mejores momentos históricos, y cuya pérdida supuso la degradación de la raza española con su consecuente decadencia”²¹. Citamos a continuación una acertada síntesis de las ideas de Unamuno sobre el advenimiento del Reino de Dios “a la quijotesca”:

“He establishes a mystical hermeneutic for the Quijote in order to confront the well-known abulia or ‘paralysis of the will’ of the period, and to remedy a contemporary and prevalent materialist perception of the universe, a view which he intuited was hemorrhaging life from the soul of Spain. Unamuno’s philosophical mysticism is in due course earthbound, yet he also realizes that if thinking is not changed and spiritual intuition not awakened, no real on-the-ground solutions —political, economic, social or cultural— are possible”²².

Ya en 1898, la crítica situación del poder español en las colonias había llevado a Unamuno a declamar: “¡Muera don Quijote!”²³. Con esta controvertida exclamación, Unamuno desecha el idealismo sustancial del personaje y el belicismo que es su estandarte. Sería el ideal pacifista de Alonso Quijano, el Bueno, el que traería la salvación a la crisis española. Como afirma Varela, destaca en el hidalgo manchego su carácter “discreto, el de los siglos de paz, el

21 Llanos Navarro García: “Vinculaciones románticas de la lectura unamuniana del *Quijote*”. En: *Espéculo* nº 12 (1999), s.n.p. (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/llanosna.html>; consulta: 25 de febrero de 2014).

22 Galen B. Yorba-Gray: “Don Quixote till Kingdom Come: The (Un)realized Eschatology of Miguel de Unamuno”. En: *Christianity and Literature* nº 54 (2005), s.n.p. (<http://www.questia.com/googleScholar.qst;jsessionid=LGWKlkCkBRwT6y71M85Ygq0Gyp2bv5S62BQch4vVX0PtPQJF611!-1089623074!532237999?docId=5009768008>; consulta: 25 de febrero de 2014).

23 El artículo “¡Muera don Quijote!” fue publicado en la revista madrileña *Vida Nueva*, el 28 de junio de 1898; la idea central que Unamuno quiere expresar en este artículo se resume en la frase: “¡Muera don Quijote para que renazca Alonso el Bueno!”. Según subraya Canavaggio, este ensayo debe entenderse conjuntamente con el artículo “¡Viva Alonso el Bueno!”, que apareció publicado el 1 de julio del mismo año (J. Canavaggio, op. cit., pág. 194).

libertador de galeotes y salvador de ignorantes”²⁴. Para el bilbaíno, la muerte de don Quijote se convierte en un símbolo ejemplar de la inmoral demencia del que se empeña en conseguir hazañas guerreras en busca de fama, al igual que la nación había sido derrotada en su búsqueda de ideales poco prácticos. Desde una lectura romántica, Unamuno afirma la trágica heroicidad del personaje que ha asimilado la realidad a sus propias creencias. Finalmente, la caída de don Quijote es, para él, “símbolo de ambición y presagio de un futuro mejor”, y la contempla “como autoafirmación de los ideales”²⁵.

Ante la controvertida exclamación de Unamuno pidiendo la muerte del caballero reaccionó Darío afirmando que: “Don Quijote no debe ni puede morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo”²⁶. En efecto, para él don Quijote representa la mítica lucha por lo imposible, el enfrentamiento con una realidad desoladora y la incombustible creencia en la verdad y la justicia ideales. Quizá ambas visiones no sean tan distantes, pues, para los dos “por encima del impulso material lo importante es la defensa del espíritu, y éste es poderosamente simbolizado por la utopía del mito quijotesco”²⁷. En ambos casos el drama de don Quijote escenifica el golpe a la hegemonía española en las colonias. El valor simbólico de esta lectura, afirma Canavaggio, “deriva de una captación no intelectual, sino existencial que Unamuno [al igual que Darío] opone al cervantismo oficial”²⁸.

Por último, la identificación del personaje con la nacionalidad de los pueblos hispanos constituye otro punto de encuentro entre Darío y los ideólogos del 98. Azorín, integrante del llamado “Grupo de los Tres” (junto con Maeztu y Baroja), antesala del noventayochismo, buscó también el alma de los pueblos a través del contacto directo con sus gentes, lo que debería conllevar el

24 María Ángeles Varela Olea: *Don Quijote, mitologema nacional (literatura y política entre la Septembrina y la II República)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pág. 96.

25 *Ibíd.*, pág. 107.

26 Fragmento de “Cyrano en casa de Lope” (fechado en 2 de febrero de 1899, publicado en *La Nación* el 27 de febrero de 1899, e incluido en *España contemporánea* [1901]), citado en J. E. Arellano: “Rubén Darío y sus páginas cervantinas”, op. cit., págs. 7 y 14 sig. (con dos erratas en la pág. 14 que hemos corregido; la frase en el original es: “Don Quijote no debe ni puede morir”, y se publicó en 1899). Éste sería el comienzo del prolífico debate intelectual en los medios entre los dos autores.

27 R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 121.

28 J. Canavaggio, op. cit., pág. 196.

resurgimiento de la nación tras el desastre de ultramar. La crisis de valores provocada por la inestabilidad política del momento planteó la necesidad de buscar la esencia del país para hacerlo resurgir de sus cenizas. Es por ello que Darío cree en una novela propiamente española, dentro de la cual el *Quijote* ocupa un lugar de excepción.

4. UN DON QUIJOTE FANTÁSTICO

En el contexto de la última emancipación latinoamericana, Darío traslada a don Quijote a Santiago de Cuba en 1898 para representar, metafóricamente, la caída definitiva del Imperio. El protagonista del relato "D. Q.", un abanderado cuya identidad no se desvela hasta el final, es descrito como:

"un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables [...] confía [...] en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa [...]. Los otros seres le hacen burlas, se ríen de él. [...] suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. [...] Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. [...] Se asegura que pasa las noches en vela"²⁹.

Para no dejar lugar a dudas, Darío nos dice que es manchego y que las siglas de su nombre son "D. Q.", que dan título al cuento³⁰.

Tras la caída del general Cervera, nombre real del almirante de la escuadra derrotada, en manos de los "yanquis", la desolación invade a la tropa, que entrega armas. Sin embargo, el misterioso abanderado sorprende con "una inesperada maravilla": se arroja al abismo haciendo resonar una armadura de metal.

En este momento se produce la anagnórisis de los soldados, que ven en la renuncia del abanderado un suicidio simbólico de don Quijote. Este fin tan típicamente romántico revela que para el pueblo español, afrontar ideales imposibles acaba en fracaso³¹. Esta primera instancia quijotesca en la prosa rubendariana revela el tránsito de don Quijote como héroe cómico a antihé-

29 R. Darío: "D. Q.". En: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)*, op. cit., págs. 35-38, aquí pág. 36. Este relato fue publicado por primera vez en el *Almanaque Peuser para el año de 1899* (1898, págs. 57-58); véase en este caso *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)*, op. cit., pág. 35, nota 1.

30 Véase ibíd., págs. 35-37.

31 E. M. Valero Juan, op. cit., pág. 152.

roe trágico. Así, Darío caracteriza a don Quijote como símbolo de lo heroico hispano, que es presentado como abanderado de la libertad. Coincidimos con Arellano al afirmar que el cuento fantástico "D. Q." y los ensayos "El triunfo de Calibán" (1898) y "El crepúsculo de España" (1898) "configuraron [su] adhesión a los valores de la España que él defendía: Ideal, Nobleza, Hidalguía"³². Por último, el relato "D. Q." ofrece, en palabras de Eva María Valero Juan, un homenaje al personaje "a la manera de los del 98, como símbolo de 'la nobleza de nuestra raza'"³³.

5. LA SANTIFICACIÓN DE DON QUIJOTE

En el trasunto de la crisis del Imperio colonial surgió la nostalgia de un mito trascendente como motor existencial³⁴. Darío, quien sintió el dolor de la pérdida de las colonias desde el sentimiento fraternal que le unía a España, adopta una lectura trascendental de la historia del ingenioso caballero, a quien considera un "noble peregrino" del ideal, un símbolo de fe, estandarte de la vieja gloria imperial mofado por la adversa realidad. El nicaragüense promueve un quijotismo idealista que reflejara la espiritualidad de entresiglos³⁵. De este modo, don Quijote es elevado a una categoría semi-divina, y su caída se convierte en emblema del Imperio decadente³⁶. Esta afirmación corrobora la opinión de Rafael Gutiérrez Girardot según la cual Darío, al igual que sus colegas Juan Bautista Alberdi, Juan Montalvo o José Enrique Rodó³⁷, leyó a Cervantes "sin propósito filológico, es decir, como se leen los cuatro evangelios: como guía y medida de la conducta social ejemplar, como invitación a

32 J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 15.

33 E. M. Valero Juan, op. cit., pág. 153.

34 R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 128.

35 Ibíd., pág. 117.

36 Ya Unamuno había abierto la vía a la sacralización de don Quijote al desacreditar la historia contada por Cervantes en pro de una "revelación" de la verdad que los propios personajes le habían transmitido. En este arriesgado intento de desvincular al autor de sus obras y de otorgar independencia a los personajes, redactó su particular *Vida de don Quijote y Sancho* (1905). Para él, don Quijote representa un "semidiós, [...] individuo de modélico comportamiento" (L. Navarro García, op. cit., s.n.p.).

37 Juan Bautista Alberdi (1810-1884), político y escritor argentino. El ensayista uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), quien mantuvo una íntima amistad con Darío, consideró a don Quijote un Cristo guerrero en "El Cristo a la jineta" (1906; incluido en *El mirador de Próspero*, Montevideo, Imp. y litografía oriental, 1913).

la honradez moral y noble”³⁸. La fe religiosa, a pesar de situarse en un mundo mucho más secularizado, cobra un cierto auge en periodos críticos, por lo que la situación nacional del Fin de Siglo propuso la coyuntura adecuada para el desarrollo de este tipo de mitologías.

La interpretación religiosa de don Quijote, que aparece como un “caballero de fe”³⁹, según la interpretación kierkegaardiana de Unamuno⁴⁰, se remonta, según Ziolkowski, a su recepción en el siglo XVIII (por cierto, Ziolkowski interpreta los ecos religiosos también en *Joseph Andrews* [1742] de Henry Fielding, *El idiota* [1869] de Fiódor Dostoievski, y *Monsignor Quixote* [1982] de Graham Greene). Unamuno caracteriza el personaje cervantino como un “Cristo castellano” en su ensayo “El caballero de la triste figura” (1896)⁴¹ y aporta argumentos para explicar la interpretación religiosa de su simbólica “pasión”, después continuados en “El sepulcro de don Quijote” (1906). Unos años después publica un estudio titulado “San Quijote de La Mancha” (1923) donde intenta justificar la “canonización” del hidalgo.

38 Rafael Gutiérrez Girardot. “Cervantes en América”. En: Matías Barchino (coord.): *Territorios de La Mancha. Versiones y subversiones cervantinas en la literatura hispanoamericana*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2007, págs. 19-40, aquí pág. 25.

39 Miguel de Unamuno: *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra: 2008, págs. 157, 183.

40 Kierkegaard, que reaccionó contra el concepto de existencia cartesiano, designó como caballero de la fe a aquel capaz, en primer lugar, de resignarse y renunciar a lo finito, al amor, y de reconciliarse con el dolor. Después, debe conseguir la fe “en virtud del absurdo, en virtud de que para Dios todo es posible”; véase Alberto Constante: “La zozobra de llamarse Kierkegaard”. En: *Razón y palabra* n° 46 (2005), s.n.p. (<http://razonypalabra.org.mx/anteriores/n46/aconstante.html> ; consulta: 25 de febrero de 2014). Si tener fe es creer en el absurdo, “la fe es la paradoja de la existencia” (ibíd.). Mediante esta renuncia se consigue “el mismo yo en su conciencia eterna [...]”. Con la fe yo no renuncio a nada, sino que obtengo todo” (ibíd.). A lo largo de su periplo por tierras manchegas, don Quijote destaca por su fe incondicional y desmedida en la caballería andante y la creencia incuestionable en su particular misión. Al denominarle “caballero de fe”, Unamuno convierte al protagonista en profeta y predicador de un nuevo dogma y otorga un sentido trascendental a su voluntaria “renuncia”, ser el “redentor de España” (nota de Alberto Navarro, en M. de Unamuno, op. cit., pág. 157). Con esta lectura, Unamuno trastoca su peculiar visión del personaje, heredera del Romanticismo. Si en *En torno al casticismo* don Quijote aparecía como símbolo del desastre nacional, posteriormente se serviría de su ejemplo para demandar una vuelta a las raíces y una búsqueda de la identidad colectiva. Sobre este tema recomendamos la lectura del artículo de Kevin Fagan: “La fe de Don Quijote en la perspectiva de Miguel de Unamuno”. En: *Vita Flumen* vol. 1 (2006), págs. 31-38.

41 Véase E. J. Ziolkowski, op. cit., pág. 178.

La lectura trascendental del *Quijote* se basa en el paralelismo entre la historia del hidalgo y la simbología del Cristianismo: "religious existence [...] entails quixotic suffering [...]; like don Quixote, the religious individual takes for real that which the contemporary world considers an illusion"⁴². Hablamos, por tanto, del peso de la creencia (en el código divino o en el código de la caballería), lo que también entronca con la locura quijotesca. La fe desmedida en la veracidad de las historias caballerescas (una fe nueva —un nuevo código ético— basada en la fe antigua —el estilo de vida que se muestra en las novelas de caballerías—⁴³) mueven a don Quijote hacia un deseo de restaurar el "antiguo orden" que escenifican sus amados libros. El trastorno se produce al romperse la distancia lógica entre la percepción y la creencia. Estamos de acuerdo con Ziolkowski cuando afirma que, para los "cuerdos", ver es creer, mientras que don Quijote asimila lo que ve a lo que cree⁴⁴. Esta hipótesis queda sustentada por la amplia temática religiosa desarrollada en la novela, que pasamos a resumir⁴⁵.

- a) *La fe de don Quijote*. El hidalgo manchego desea "resucitar" la caballería (*Don Quijote*, I/cap. XXVIII/pág. 317), que aparece como una "religión" revelada (II/cap. VIII/pág. 694; véase también I/cap. XLIX/pág. 567 sig.), por lo que las aventuras son ofrecidas como "servicio de Dios" (I/cap. VIII/pág. 95). En el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, la mayoría de los libros de caballerías son condenados al fuego —o, por así decirlo, excomulgados— por heréticos (I/cap. VI/págs. 76-87). Además, la historia del ingenioso hidalgo contiene pasajes que se tienen por "apócrifos" (II/cap. V/págs. 663, 667, 669; II/cap. XXIII/pág. 817; II/cap. XXIII/pág. 829). Su fe le lleva a creer en el cielo y en el infierno tras el episodio de Clavileño y la resurrección de Altisidora (en cuyo nombre resuena el Altísimo) (cf. II/caps. VIII, XLI, LXX). El amor platónico a Dulcinea es todo un acto de fe. Que hablen mal de ella supone "una blasfemia" (I/cap. III/pág. 69).

42 Ibid., pág. x.

43 Daniel Henri Pageaux: "Une lecture du *Don Quijote*: des livres au Livre". En: Yves Chevrel y Camille Dumoulié (coords.): *Le Mythe en Littérature. Essais offerts à Pierre Brunel*. París: Presses Universitaires de France, 2000, págs. 57-68, aquí pág. 60.

44 E. J. Ziolkowski, op. cit., pág. 20.

45 Tomamos como referencia el estudio de Pageaux (op. cit., págs. 60-63) y la obra de Ziolkowski que, a su vez, desgrana los paralelismos entre Cristo y don Quijote esbozados por José Enrique Rodó (E. J. Ziolkowski, op. cit., pág. 185 y sigs.; véase también nuestra nota 37).

b) *Don Quijote visto por los demás*. Sancho opina que su señor era “más bueno [...] para predicador que para caballero andante” (I/cap. XVIII/pág. 197). El escudero insiste en diferenciar el nuevo caballero del viejo cristiano. Como un “teólogo” (II/cap. XVIII/pág. 774), la sobrina ve a don Quijote “subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles” (II/cap. VI/pág. 674).

A estas evidencias hemos de añadir la revelación que se produce en la cueva de Montesinos, descrita como el jardín del Edén, que supone para el manchego una “experiencia mística”. Otros ejemplos esclarecedores son: la compasión de don Quijote por el sufrimiento de Andrés; la “evangelización” de Sancho a través de la promesa de la ínsula Baratania (la “tierra prometida”); la voluntaria penitencia del caballero en Sierra Morena; y la castidad que se impone a sí mismo y que puede verse como parodia de algunas vidas de santos⁴⁶.

Quizás el mayor énfasis sobre esta interpretación surja de la pérdida de la fe por parte del caballero, que llega a renegar de sus creencias antes de morir, considerándolas “sombras caliginosas de la ignorancia” y “disparates”: “ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería [...]; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino”⁴⁷.

6. DARÍO Y EL TERCER CENTENARIO

El tercer centenario fue el primer verdadero homenaje a la obra cervantina, que ya en 1905 había alcanzado la celebridad que le era justa⁴⁸. Darío, junto con José María Vargas Vila⁴⁹, fue comisionado por el Gobierno de Nicaragua para representar a su país en las celebraciones madrileñas, celebraciones que se dieron simultáneamente en 114 ciudades españolas, 212

46 E. J. Ziolkowski, op. cit., págs. 25, 179.

47 M. de Cervantes, op. cit., II/cap. LXXVIII/pág. 1217.

48 Alarcón Sierra describe minuciosamente las celebraciones del centenario (R. Alarcón Sierra, op. cit., págs. 112-113). Cf. Carmen Pérez-Sauquillo Conde: “IV Centenario de El Quijote. Los otros centenarios”. En: *Aula abierta*. Andorra: Instituto Español de Andorra, 2005, págs. 10-23 (http://www.mecd.gob.es/andorra/dms/consejerias-exteriores/andorra/Publicaciones/Aula_abierta/Aula_Abierta2.pdf ; consulta: 25 de febrero de 2014).

49 Prolífico y polémico escritor colombiano de los círculos modernistas. Darío le dedicó dos poemas de *Cantos de vida y esperanza* (1905), “Cleopompo y Heliodemo” (21) y “Propósito primaveral” (38).

hispanoamericanas y 31 extranjeras⁵⁰. Los fastos cervantinos eclipsaron, en cierto modo, la publicación de la genial obra del nicaragüense, *Cantos de vida y esperanza* (1905), en la que se incluyen grandes poemas de tema quijotesco que veremos más adelante. La obra rubendariana estuvo presente en las celebraciones organizadas por el Ateneo de Madrid, donde tuvo lugar un acto conmemorativo por el centenario del Quijote el 13 de mayo del mismo año. La celeberrima "Letanía de nuestro señor D. Quijote" fue compuesta especialmente en abril de 1905 para esta ocasión, a la que finalmente Darío no pudo acudir por estar enfermo, y fue su amigo Ricardo Calvo⁵¹ el encargado de recitarla.

Unos meses antes, en febrero y marzo de 1905, Darío había realizado un viaje a la Mancha —coincidiendo con la celebración del centenario— del que surgieron dos crónicas eruditas que a continuación pasamos a analizar.

7. EL VIAJE A LA MANCHA DE DARÍO

En el año literario de 1905 la crónica de viajes fue un nuevo modo de homenajear los escenarios donde aconteció el periplo del genial caballero⁵². "En tierra de D. Quijote" y "La cuna del manco"⁵³ suponen un punto de inflexión en la visión de Darío sobre los paisajes y gentes de la Mancha. "En tierra de D. Quijote" es la crónica de su viaje a la Mancha siguiendo la estela de don Quijote. Tal como señala Arellano, su precedente y modelo fue August F. Jaccaci (1857-1930), pionero en el "viaje literario" por la Mancha de don Quijote, que había realizado en 1892. El diario de su aventura —publicado originalmente en Nueva York en 1896— cayó en manos

50 R. Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir* (Páginas cervantinas), op. cit., pág. 10.

51 Primer actor del Teatro Español, buen amigo también de los Machado (R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 123). Realizó un viaje estético-cultural por la Mancha en 1910. Diferentes críticos creen que la "Letanía" pudo también ser leída por Gregorio Martínez Sierra o por el propio Darío (R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 126).

52 Entre las crónicas de viajeros por la Mancha de don Quijote en 1905 destacan las de Francisco Navarro Ledesma ("La tierra de don Quijote") y José Martínez Ruiz, Azorín, *La ruta de don Quijote*. La primera ha sido puesta en tela de juicio por considerarse que es una reformulación de otras crónicas previas y que este autor nunca estuvo en la Mancha. Véase Esther Almarcha e Isidro Sánchez: "La Mancha, y Basta". En: Azorín: *La ruta de don Quijote*. Ciudad Real: Brizzolis, 2005, págs. 9-31, aquí pág. 25.

53 Redactadas respectivamente en febrero y marzo de 1905, la una en Argamasilla de Alba, la otra en Madrid. Se publicaron en el periódico *La Nación* de Buenos Aires el 9 de abril y el 21 de mayo del mismo año.

de Darío —en la traducción francesa de 1901—, lo que, con toda probabilidad, pudo motivarle y ofrecerle un modelo para el viaje erudito por tierras manchegas. No obstante, el viaje de Darío fue más corto y concidió con las efemérides del tercer centenario, del que ya nos hemos ocupado. Invitado y acompañado por su amigo Pedro González Blanco⁵⁴, Darío “se aventuró” en la tierra de don Quijote, para muchos desconocida y hasta peligrosa⁵⁵. En todo caso, el idealismo con que don Quijote observaba los parajes de sus denodadas aventuras —perspectiva que los románticos primaron sobre la de los demás personajes de la obra maestra cervantina— conllevó la dignificación de estos lugares.

Este proceso de dignificación llevó a algunos admiradores de Cervantes a realizar el viaje a los lugares donde transcurrían las aventuras de don Quijote y Sancho. El tipo de viaje en que se inspiran se corresponde con la estética y filosofía románticas, que promovían el culto a la naturaleza, los sentimientos, la libertad y el individualismo. Bajo el prisma del Romanticismo, estos espíritus soñadores, imbuídos del idealismo quijotesco, buscan revivir en primera persona las hazañas del caballero. Se proponen deambular sin un itinerario fijo, dejándose llevar por las circunstancias, casi sin equipaje y con el único acompañamiento del *Quijote*, *vademécum* del viajero. Estos viajes cobraron una especial relevancia en el contexto del tercer centenario, convirtiéndose en una “peregrinación” para los lectores del ingenioso hidalgo⁵⁶. Como afirma Amado Nervo, “algunos cervantistas, de los más enamorados del genio, hicie-

54 Uno de los fundadores de la revista *Helios*, principal difusora del Modernismo hispánico. Defensor apasionado de la labor colonizadora de España.

55 En efecto, los viajeros extranjeros que precedieron a Darío —como Gustave Doré y Charles Davillier, Théophile Gautier, Charles Luffmann o August Jaccaci— coinciden en portar cartas de recomendación para que se les permita adentrarse en la zona más salvaje y atrasada de España, y se arman con pistolas o navajas para defenderse de un posible asalto de bandoleros o de hambrientos arrieros, especialmente en las inmediaciones de Sierra Morena. Véase a este respecto nuestro libro *Un americano en La Mancha tras las huellas de don Quijote. Traducción y estudio de ‘On the Trail of don Quixote’ (1897) de August Jaccaci*, op. cit., págs. 128-130.

56 Estos propósitos quedaban, en la mayoría de los casos, muy lejos de la realidad, ya que, aunque afirmaban no tener un itinerario predeterminado, su ruta estaba influenciada por los escenarios de la novela. Los viajeros se documentaban utilizando mapas, rutas de sus predecesores o su propia intuición para interpretar las ambigüedades topográficas que salpican el relato cervantino. Además, al alegar su condición de “peregrinos”, se deduce que sus viajes tienen una meta, lo que contradice los principios del viaje romántico.

asimismo la piadosa romería a Alcalá de Henares, con la misma devoción y el mismo amor con que los enamorados de Shakespeare van a Stratford"⁵⁷.

La visión de Darío en su divagar por la Mancha coincide con sus precedentes románticos y simbolistas. Desea encontrar reminiscencias cervantinas y busca revivir las aventuras del héroe para comprenderlo mejor. Toma como precedente la ruta elegida por Jaccaci, que a su vez había seguido el mapa de Tomás López para la edición del *Quijote* realizada por la Real Academia en 1780. A pesar de que el viaje fue mucho más breve que el de su antecesor, Darío consiguió empaparse del estilo de vida y conocer de primera mano la idiosincrasia de los habitantes de la Mancha del Fin de Siglo, que el viajero retrata desde la perspectiva simbolista adoptada en su etapa francesa. Sus impresiones fueron positivas, pues "le fascinaba el *furor poeticus* de los sabios y soñadores con quienes alternó en tierra de La Mancha"⁵⁸.

Por tanto, se trata, como en el caso de Jaccaci, de un viaje erudito donde recaba datos sobre la biografía de Cervantes y trata de encontrar a los personajes de la novela en las personas que salen a su encuentro, como el carretero que le acompaña en el duro trayecto hacia Argamasilla, "un genuino e incomparable tipo de Sancho Panza"⁵⁹. Al igual que Azorín, asevera que Argamasilla es el "lugar que inmortalizó Cervantes, por quererlo olvidar"⁶⁰. Allí sus pretensiones se ven satisfechas, pues afirma: "Conocí al cura y al barbero. Conocí la casa en que habitó el bachiller Sansón"⁶¹.

En Argamasilla, el nicaragüense escucha las leyendas sobre Rodrigo de Pacheco, un posible modelo real del personaje de don Quijote, que, según la tradición de la localidad, estuvo implicado en el encarcelamiento de Cervantes en la Casa de Medrano, lugar al que Darío también se acerca. Su parecer tras la visita es que "debía pertenecer al estado [*sic*] y ser visitada como se visita la casa de Shakespeare en Stratford-on-Avan [*sic*], y la casa de Víctor Hugo en París". Allí llega incluso a ver "el agujero del cepo a que estuvo atado Cide Hamete Benengeli", confiriendo una interpretación realista al autor ficticio creado por Cervantes⁶².

57 Amado Nervo: "La semana". En: *El Mundo. Semanario ilustrado* (29 de mayo de 1905). Cita tomada de: *Obras completas* (vol. I). Madrid: Aguilar, 1962, pág. 1136.

58 J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 10.

59 R. Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir* (Páginas cervantinas), op. cit., pág. 67.

60 *Ibíd.*, pág. 69.

61 *Ibíd.*

62 *Ibíd.*, pág. 72. Parece que en este brillante guiño metafórico, Darío "confunde" deliberadamente a Cide Hamete con el propio Cervantes como autor genuino de la historia de don

Afirma que todos esos lugares “los recorrió [Cervantes] también como recaudador de alcabalas”, y aboga por Esquivias como el lugar “donde don Miguel se casó”⁶³. Trata, por tanto, de acercarse, tanto al autor como al personaje, interesándose por la fama de ambos en su lugar original. En la Diputación de Ciudad Real le confiesan: “Señor: me he leído el *Quijote* cinco veces”⁶⁴. La crónica finaliza con unas consideraciones sobre la disputa generalizada entre los pueblos manchegos por ser la patria de Cervantes. Estas disquisiciones darían lugar a su siguiente crónica.

“La cuna del manco”, redactada en Madrid, reabre el debate sobre el lugar de nacimiento de Cervantes⁶⁵. Aunque la disputa entre las muchas ciudades que se atribúan el honor ya se había resuelto a favor de Alcalá de Henares, Darío reúne argumentos que apoyan la ciudad de Alcázar de San Juan, en Ciudad Real. Al defender esta “causa perdida”, Darío llevaba a cabo una reactualización de los valores quijotescos. Sirvan como ilustración estos breves apuntes en cuanto a “La cuna del manco”, obra que, por centrarse más en el autor que en el personaje, no abordaremos aquí en profundidad. Proseguimos, pues, considerando algunos hitos quijotescos de la obra poética rubendariana.

8. GLORIFICACIÓN POÉTICA DE DON QUIJOTE

Tal como afirma Juan Uribe-Echevarría, “[t]oda la poesía amarga del inmortal caballero aparece transmutada en los versos del exquisito bardo de princesas y Margaritas”⁶⁶. En efecto, a través de su producción poética expresa Darío la concepción de don Quijote como la personificación de la

Quijote, que compuso la novela en una cárcel. De este modo, el autor nicaragüense incide irónicamente sobre la “ficción editorial” de la obra (el juego cervantino con la autoría de la misma, con los diversos narradores, con la ficción del “manuscrito encontrado” y el artificio de la “traducción ficticia”), destacando al mismo tiempo la importancia de una lectura “realista” de la novela. Sobre la “ficción editorial” en el *Quijote*, véase Hans Christian Hagedorn: *La traducción narrada: el recurso narrativo de la traducción ficticia*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006, págs. 55-86.

63 R. Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)*, op. cit., pág. 64.

64 *Ibíd.*, pág. 65.

65 J. E. Arellano incluye en su compilación una “Semblanza biográfica de Cervantes” (*ibíd.*, págs. 95-100), extracto de la primera biografía del autor escrita por un centroamericano, David Arellano Sequeira.

66 Juan Uribe-Echevarría: *Cervantes en las letras hispanoamericanas (antología y crítica)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005, pág. 120 sig. (Santiago: Universidad de Chile, 1949) (<http://www.cervantesvirtual.com> ; consulta: 25 de febrero de 2014).

perfecta síntesis de poesía y realidad. En cualquier caso, si bien es cierto que *Cantos de vida y esperanza* supone la eclosión más insigne de su admiración por el personaje, hemos de marcar, siguiendo a Rafael Gutiérrez Girardot y Rafael Alarcón Sierra, dos precedentes en la obra en verso del nicaragüense.

La composición "Al Ateneo de León" (1881) describe un desfile de autores ilustres donde añade Darío "al gran Miguel de Cervantes". Cuatro años más tarde compone en su país natal sus *Epístolas y Poemas (Primeras notas)* donde incluye un poema dedicado al poeta ecuatoriano Juan Montalvo⁶⁷. En él, atribuye virtudes quijotescas a Simón Bolívar (al igual que haría posteriormente Unamuno como medio de afirmación de la hermandad panhispánica⁶⁸). El poema incluye unos versos que marcan el comienzo de su omnipresente elogio cervantino⁶⁹:

"[...] Loor eterno
al hispano gigante celebrado
que creó la epopeya de la burla
mezclada con las lágrimas dolientes"⁷⁰.

Dentro de *Cantos de vida y esperanza* (1905), hemos de detenernos en dos poemas en torno a la figura de don Quijote. Primeramente, "Cyrano en

67 Autor, a su vez, de la novela *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo e imitación de un libro inimitable* (1895). El prólogo de esta novela, titulado "El Buscapié", es un ensayo que ya se había publicado con anterioridad, en el tercer volumen de los *Siete Tratados* (1888). Este ensayo "interpreta el *Quijote* como poesía y obra de arte consciente, no, pues, pura inspiración, y considera a don Quijote y Sancho como personajes complementarios" (R. Gutiérrez Girardot, op. cit., pág. 24).

68 Miguel de Unamuno: "Don Quijote y Bolívar". En: *La Nación* (30 de enero de 1901). Cf. Francisco Villena Garrido: "Unamuno y Bolívar: invención de un pasado". En: *América sin nombre (Boletín de la Unidad de Investigación "Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano", de la Universidad de Alicante)* n° 3 (2002), págs. 103-108.

69 Existe una asociación de Cervantes y Cristo en el poema "España" (1898). "A Cristóbal Colón" (1892) incluye una mención explícita a Cervantes. Algunos críticos han demostrado la presencia intertextual del *Quijote* en "Marcha triunfal" (1895) y en "Post-data en España" (1914), dentro de sus memorias. Se recogen también alusiones a Cervantes en las "Palabras liminares" de *Prosas Profanas* (1896) (cf. R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 116), y a don Quijote en el poema "Helios" (1905). No podemos olvidar el bellísimo "Soneto a Cervantes", poema XVIII de *Cantos de vida y esperanza*, que no hemos incluido en nuestro estudio por no aludir directamente a don Quijote, sino a su autor.

70 Citado en E. M. Valero Juan, op. cit., pág. 154.

España", que surgió como un elogio a la célebre obra de Edmond Rostand (*Cyrano de Bergerac*, 1897), estrenada en el Teatro Español de Madrid el 1 de febrero de 1899. En este poema, Darío nos presenta a don Quijote recibiendo a Cyrano a su entrada en la Mancha. Combinando rasgos tanto del personaje real como del ficcional⁷¹, consigue Darío aunar fantasía y realidad, a la vez que une al personaje francés, al autor español y a su protagonista manchego bajo un mismo halo de ensoñación y misticismo. Como afirma Rafael Gutiérrez Girardot, "Darío entreteje a Cyrano, Cervantes y don Quijote para presentar un mágico tapete que eleva y redime la poesía y el Arte"⁷²:

"Cyrano hizo su viaje a la luna; mas, antes,
ya el divino lunático de don Miguel de Cervantes
pasaba entre las dulces estrellas de su sueño
jinete en el sublime pegaso Clavileño.
Y Cyrano ha leído la maravilla escrita
y al pronunciar el nombre del Quijote, se quita
Bergerac el sombrero: Cyrano Balazote
siente que es lengua suya la lengua del Quijote"⁷³.

De este modo, "Cyrano en España" es un primer canto de amor por la lengua castellana de quien ha sido considerado "el más cervantino y alto cantor del Quijote"⁷⁴. Esta distinción se debe, principalmente, a su celebrada "Letanía de nuestro señor D. Quijote", poema XXXIX de *Cantos de vida y esperanza*, que Darío dedicó a Francisco Navarro Ledesma⁷⁵ en el año de su muerte (1905).

71 Cyrano de Bergerac, poeta del siglo XVII, fue immortalizado por Rostand en el último drama romántico del XIX, que llevaba el mismo nombre que su protagonista. Sobre la adaptación española y la reacción de Darío, véase el interesante estudio de Montserrat Cots: "La versión española del *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand". En: Francisco Lafarga Madueño (coord.): *Imágenes de Francia en las letras hispánicas. Coloquio celebrado en la Universidad de Barcelona, 15 a 18 de noviembre de 1988*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, págs. 287-295 (<http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01316175366248851202802/025046.pdf?incr=1> ; consulta: 13 de marzo de 2014).

72 R. Gutiérrez Girardot, op. cit., pág. 23.

73 R. Darío: *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*, op. cit., págs. 27-29, aquí pág. 27.

74 J. Uribe-Echevarría, op. cit., pág. 120. Citado también en J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 10.

75 Navarro Ledesma, cervantista, redactor jefe del periódico *ABC* y director de *Blanco y Negro*, revista en la que Darío colaboraba.

La "Letanía" no sólo supone el más lírico ejemplo de fascinación cervantina, sino que es el poema más representativo sobre la ligazón del quijotismo rubendariano con su pensamiento y sentir respecto a España. Don Quijote aparece como "[r]ey de los hidalgos, señor de los tristes", "[n]oble peregrino de los peregrinos", "[c]aballero errante de los caballeros", es decir, es el dios de los soñadores, de los que creen en las causas perdidas, los que no se desilusionan y que "nadie ha podido vencer todavía". El poeta pide misericordia para aquellos que sufren el vilipendio "por advenedizas almas de manga ancha, / que ridiculizan el ser de la Mancha, / el ser generoso y el ser español"⁷⁶. Representa así, según Uribe-Echevarría, "un estado colectivo del alma hispánica y resume líricamente algunas de las más serias actitudes espirituales de los hombres del 98"⁷⁷.

Pero el valor profundo de esta composición no se circunscribe tan sólo al ámbito hispano, lo que sería profundamente reduccionista, pues en estos versos la figura del inmortal don Quijote trasciende las fronteras para procurar un consuelo espiritual de trascendencia universal. En esta honda plegaria los deprimidos y los desesperados, los soñadores y los perdedores —y los que conservan un resto de espiritualidad en un mundo reducido a consideraciones pragmáticas— invocan, desde un sentimiento de orfandad y desvalimiento, a un don Quijote que aparece como el nuevo Cristo del ideal trascendente⁷⁸. Como Darío reconoció en sus memorias, en relación con esta poesía: "afirmo otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico, la figura del caballero simbólico está coronado de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del *humour* [...] mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades"⁷⁹.

Siguiendo a Emilio Carilla⁸⁰, distinguimos tres partes: la *salutación* —o invocación—, que se extiende a lo largo de las cinco estrofas iniciales; la *letanía*, que comprende las cinco estrofas siguientes; y la fusión armónica de *salutación* y *letanía* en las dos estrofas finales⁸¹.

⁷⁶ R. Darío: "Letanía de nuestro señor D. Quijote", en: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)*, op. cit., págs. 22-24. Todas nuestras citas de la "Letanía" hacen referencia a esta edición.

⁷⁷ J. Uribe-Echevarría, op. cit., pág. 122.

⁷⁸ R. Alarcón Sierra, op. cit., 127.

⁷⁹ R. Darío: "Historia de mis libros", citado en: J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 11.

⁸⁰ Emilio Carilla: *Cervantes y América*. Buenos Aires: Universidad, 1951, pág. 64.

⁸¹ J. E. Arellano: "Rubén Darío y sus páginas cervantinas", op. cit., pág. 11.

La intensidad del rezo y el recurso a tópicos de la plegaria cristiana confirman la interpretación de don Quijote como un intercesor no sólo para los pueblos hispánicos, sino para todos los que han perdido la fe⁸², como sugieren las reiteradas súplicas que recuerdan a la *Salve* y al *Padre Nuestro*: “líbranos, Señor”, “[r]uega por nosotros”, “[p]ro nobis ora”. En su paso por el mundo santificó “todos los caminos”, por lo que Darío le invoca como “[n]oble peregrino de los peregrinos” y “[c]aballero errante de los caballeros”, formas que se retrotraen al “Dios verdadero de Dios verdadero” del *Credo* cristiano. Del mismo modo que en el *Credo* se recuerda la caída de Jesucristo, la “Letanía” expone que para don Quijote “pocas fueron las victorias”. Además, el caballero aparece caracterizado como un santo inmortalizado en posición de combate, “coronado de áureo yelmo de ilusión”, vestido “de ensueños”, defendiendo la fantasía y el corazón, lo que le pone en parangón con otros héroes universales de carácter melancólico: “antes que tu hermano vago, Segismundo / el pálido Hamlet te ofrece una flor”.

El mensaje universal de la plegaria puede también extraerse del contenido, pues más que pedir por los pueblos hispanos, la voz poética ruega que el “varón de varones” que luchó contra “las certezas, [...] las conciencias [...] las leyes [...] las ciencias”, les libre de prácticamente todo lo que coarte la espiritualidad humana: las “tristezas”, los “dolores”, “las epidemias”, “los superhombres de Nietzsche” y, sobre todo, pide que proteja a los poetas “que necesitamos / las mágicas rosas, los sublimes ramos / de laurel” y que estén “sin savia, sin brote”, es decir, faltos de inspiración.

Resulta también significativo el tono negativo con que se alude a la vacuidad de las celebraciones de la obra que hacen de don Quijote un mártir: “soportas elogios, memorias, discursos / resistes certámenes, tarjetas, concursos”; “¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes, / [...] entre las coronas y los parabienes / y las tonterías de la multitud!”. Unas estrofas más adelante se le pide que les libre de las “horribles blasfemias / de las Academias”. Con todo esto, el nicaragüense pretende hacer trascender la figura del caballero más allá de la representatividad del alma hispánica, pues es capaz de procurar consuelo a los espíritus sensibles que, como él, se enfrentan a la sociedad que ridiculiza el idealismo.

82 E. J. Ziolkowski, op. cit., pág. 186.

Darío confirma en esta visión trascendental la sacralización definitiva de su admirado caballero tal y como la había estado fraguando en su producción anterior. Configura así el autor la divinización de don Quijote, un dios de los soñadores, a quien convierte en una figura inmortal que, de modo similar al Dios cristiano, ha cumplido una misión salvífica.

9. DON QUIJOTE Y EL MITO DE HÉRCULES

El breve ensayo "Hércules y D. Quijote" (1911), también recogido en *Don Quijote no debe ni puede morir*, supone una nueva manifestación de las inquietudes comparatistas del autor y su interés por la mitología. Supone una reacción a una glosa de Mariano Miguel de Val, quien había planteado las semejanzas entre los dos mitos; Darío, por su parte, plantea las diferencias. Según Miguel de Val, "Hércules, libertador de los oprimidos, amparo de los débiles, castigo de los tiranos y espanto de los monstruos"⁸³, tiene que cumplir una serie de "trabajos", equiparables a las aventuras quijotescas. Sin embargo, opina el nicaragüense que su psicología es diferente.

Por una parte, afirma Rubén, don Quijote es inseparable de su caballo, mientras que Hércules no cabalga. Este es "el prototipo de la fuerza bruta", mientras que aquel es "el Espíritu cabalgante, el Ideal caballero"⁸⁴. El helénico es lascivo, y el manchego, casto. Finalmente, Hércules es "el semidiós medio bandido", y don Quijote, "un paladín medio santo"⁸⁵.

10. CONCLUSIÓN

Como hemos intentado demostrar, Rubén Darío absorbió la interpretación romántica de *Don Quijote*, merced a la cual se había asentado la configuración mítica del héroe cervantino, cuya historia fue elevada a la categoría de obra maestra. Los románticos consideraron a don Quijote un "mensajero de ideal"⁸⁶, un heroico y trágico idealista cuyo periplo por tierras manchegas

83 Citado en R. Darío: "Hércules y D. Quijote", en: *Don Quijote no debe ni puede morir* (Páginas cervantinas), op. cit., págs. 49-52, aquí pág. 49.

84 Ibíd., pág. 50.

85 Ibíd., pág. 51. Alude Darío también a la comparación entre Sancho y Sileno realizada por Víctor Hugo en su *William Shakespeare* (1864), territorio donde nosotros no vamos a entrar por no convenir directamente a nuestro estudio.

86 Véase nuestra nota 12.

ilustraba, a la vez que acentuaba, el contraste entre la fantasía y la realidad que su mente alucinada —o iluminada— no acertaba a discernir.

El talante finisecular llevó esta contradicción al ámbito de la religiosidad, por lo que don Quijote aparece como un soñador caracterizado por su fe ciega en las historias de caballerías. Más en concreto, Unamuno, siguiendo a Kierkegaard, le denominó un “caballero de fe”⁸⁷ que, a pesar de ser un antihéroe, representó en la *débâcle* del 98 —y para Darío— “el ideal regenerador” de los pueblos hispanos; el poeta nicaragüense, “al igual que hiciera Unamuno, sacralizó la figura de don Quijote como paradigma del ideal trascendente definitorio de lo hispánico”⁸⁸. Por ello, Paul Groussac se refirió al *Quijote* como el “evangelio profano”⁸⁹.

A través de sus obras, Darío promueve el “retorno a un Don Quijote espiritual, idealizado y sacralizado como una renovada *Imitatio Christi*”⁹⁰ que representa “el símbolo máximo del ideal trascendente deseado pero nunca alcanzado”⁹¹. La influencia y repercusión de la lectura rubendariana contribuyó al asentamiento definitivo de la fama de esta inmortal figura que después se estudiaría en España también desde la vertiente psicológica —Salvador de Madariaga— y cultural-filosófica —José Ortega y Gasset—. Miguel Cortacero y Velasco continuó la exégesis ofrecida por Darío en su obra *Cervantes y el evangelio* (1915) —que, según Ziolkowski, interpreta *Don Quijote* simbólicamente como “a symbolical ‘plagiarism’ of certain major episodes and aspects of the Bible”—; y André Suarés abrió su *Cervantes* (1916) de esta guisa: “There comes the saint of justice, don Quixote, the noblest and simplest of men”⁹².

En el breve recorrido que hemos esbozado, hemos puesto nuestra atención en escritos cervantinos de Rubén Darío editados conjuntamente hace relativamente poco tiempo, para comprender mejor su contribución a la sacralización del mito de don Quijote. A juzgar por estas evidencias, Darío considera el *Quijote* un libro revelador, y al personaje, un referente espiritual, trascendente, y un “[n]oble peregrino” rodeado de luz y tristeza, tal y como lo describe en su “Letanía de nuestro señor D. Quijote”, una de las piezas clave de su obra más hispana, *Cantos de vida y esperanza*. Este poema, expresión

87 Véase nuestra nota 39.

88 E. M. Valero Juan, op. cit., pág. 149 (vale para la cita anterior).

89 Citado en R. Gutiérrez Girardot, op. cit., pág. 25.

90 R. Alarcón Sierra, op. cit., pág. 124.

91 Ibíd., pág. 128.

92 E. J. Ziolkowski, op. cit., pág. 189.

lirica fascinante de su admiración por el hidalgo manchego —una admiración que hemos puesto de relieve en diversos escritos anteriores del escritor nicaragüense—, a veces ha sido reducido por la crítica a un canto doliente por la agonía de España y las naciones iberoamericanas tras el desastre del 98, personificado en el personaje de don Quijote. Esta interpretación es válida para ciertas producciones anteriores, más historicistas, como su cuento “D.Q”. Sin embargo, hemos de percibir en los versos que componen la “Letanía” un mensaje salvífico de valor trascendental para los afligidos de la época del Fin de Siglo que van “con el alma a tientas, con la fe perdida”, y que imploran a un don Quijote semi-divino “que nadie ha podido vencer todavía”⁹³.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEREDA, Alberto: “Introducción. Por un auténtico Rubén Darío”. En: *Crítica Hispánica* n° 27 (2005), págs. 7-18.
- ALARCÓN SIERRA, Rafael: “Rubén Darío y Don Quijote”. En: *Crítica Hispánica* n° 27/2 (2005), págs. 111-131.
- ALMARCHA, Esther, e Isidro SÁNCHEZ: “La Mancha, y Basta”. En: Azorín: *La ruta de don Quijote*. Ciudad Real: Brizzolis, 2005, págs. 9-31.
- ARELLANO, Jorge Eduardo: “Rubén Darío y sus páginas cervantinas”. En: Rubén Darío: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)* (ed.: Jorge Eduardo Arellano). Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2005, págs. 9-18.
- BAUTISTA NARANJO, Esther: *Un americano en La Mancha tras las huellas de don Quijote. Traducción y estudio de ‘On the Trail of don Quixote’ (1897) de August Jaccaci*. Ciudad Real: Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla-La Mancha, 2010.
- CANAVAGGIO, Jean: *Don Quijote, del libro al mito*. Madrid: Espasa, 2005.
- CARILLA, Emilio: *Cervantes y América*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1951.
- CERVANTES, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha* (ed.: Francisco Rico). Barcelona: Crítica (Instituto Cervantes), 1998.
- CONSTANTE, Alberto: “La zozobra de llamarse Kierkegaard”. En: *Razón y palabra* n° 46 (2005), s.n.p. (<http://razonypalabra.org.mx/anteriores/n46/acostante.html> ; consulta: 25 de febrero de 2014).

⁹³ R. Darío: “Letanía de nuestro señor D. Quijote”, op. cit., págs. 22-24.

- COTS, Montserrat: "La versión española del *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand". En: Francisco Lafarga Maduell (coord.): *Imágenes de Francia en las letras hispánicas. Coloquio celebrado en la Universidad de Barcelona, 15 a 18 de noviembre de 1988*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, págs. 287-295 (<http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01316175366248851202802/025046.pdf?incr=1>; consulta: 13 de marzo de 2014).
- DARÍO, Rubén: *Don Quijote no debe ni puede morir (Páginas cervantinas)* (ed.: Jorge Eduardo Arellano). Madrid, Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert, 2005.
- : *Crónicas desconocidas (1901-1906)* (ed. de Günther Schmigalle). Berlín, Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, Tranvía, 2006.
- : *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*. Barcelona: Linkgua, 2007.
- DÍEZ DE REVENGA TORRES, Francisco Javier: "El cervantismo de *Cantos de vida y esperanza* (Rubén Darío y la tradición áurea)". En: *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas* n° 699 (2005), págs. 15-17.
- EISENBERG, Daniel: "Appendix: The Influence of *Don Quixote* on the Romantic Movement". En: *A Study of Don Quixote*. Newark: Juan de la Cuesta, 1987, págs. 205-223.
- FAGAN, Kevin: "La fe de Don Quijote en la perspectiva de Miguel de Unamuno". En: *Vita Flumen* vol. 1 (2006), págs. 31-38.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael: "Cervantes en América". En: Matías Barchino (coord.): *Territorios de La Mancha. Versiones y subversiones cervantinas en la literatura hispanoamericana*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2007, págs. 19-40.
- HAGEDORN, Hans Christian: *La traducción narrada: el recurso narrativo de la traducción ficticia*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006.
- MARTÍNEZ MATA, Emilio: "El cambio de interpretación del *Quijote*: de libro de caballerías a obra clásica". En: *Cervantes y el Quijote. Actas del Coloquio Internacional*. Madrid: ArcoLibros, 2007, págs. 197-212.
- NAVARRO GARCÍA, Llanos: "Vinculaciones románticas de la lectura unamuniana del *Quijote*". En: *Espéculo* n° 12 (1999), s.n.p. (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/llanosna.html>; consulta: 25 de febrero de 2014).
- NERVO, Amado: "29 de mayo de 1905". En: *El Mundo. Semanario ilustrado* (29 de mayo de 1905). También en: *Obras completas* (vol. I) (eds.: Francisco González Guerrero, Alfonso Méndez Plancarte). Madrid: Aguilar, 1962.

- PAGEAUX, Daniel-Henri: "Une lecture du *Don Quijote*: des livres au Livre". En: Yves Chevrel y Camille Dumoulié (coords.): *Le Mythe en Littérature. Essais offerts à Pierre Brunel*. París: Presses Universitaires de France, 2000, págs. 57-68.
- PÉREZ-SAUQUILLO CONDE, Carmen: "IV Centenario de El Quijote. Los otros centenarios". En: *Aula abierta*. Andorra: Instituto Español de Andorra, 2005, págs. 10-23 (http://www.mecd.gob.es/andorra/dms/consejerias-exteriores/andorra/Publicaciones/Aula_abierta/Aula_Abierta2.pdf ; consulta: 25 de febrero de 2014).
- RODÓ, José Enrique: "El Cristo a la jineta". En: *El mirador de Próspero*. En: *Obras completas* (ed.: Emir Rodríguez Monegal). Madrid: Aguilar, 1957, págs. 521-522 (el ensayo "El Cristo a la jineta" es de 1906; *El mirador de Próspero* fue publicado en Montevideo: Imp. y litografía oriental, 1913).
- SÁNCHEZ, Luis Alberto: "Rubén, fidelísimo lector de Cervantes". En: *Seminario Archivo Rubén Darío* (Madrid) nº 6 (1962), págs. 31-44.
- UNAMUNO, Miguel de: *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra: 2008.
- URIBE-ECHEVARRÍA, Juan: *Cervantes en las letras hispanoamericanas (antología y crítica)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005 (Santiago: Universidad de Chile, 1949) (<http://www.cervantesvirtual.com> ; consulta: 25 de febrero de 2014).
- VALERO JUAN, Eva María: "Del heroísmo hacia el ensueño: en torno a las 'Páginas cervantinas' de Darío en los alrededores culturales del 98". En: *Anales de Literatura Hispanoamericana* nº 37 (2008), págs. 143-159 (<http://revistas.ucm.es/fl/02104547/articulos/ALHI0808110143A.PDF> ; consulta: 13 de marzo de 2014).
- VARELA OLEA, María Ángeles: *Don Quijote, mitologema nacional (literatura y política entre la Septembrina y la II República)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- VILLENA GARRIDO, Francisco: "Unamuno y Bolívar: invención de un pasado". En: *América sin nombre (Boletín de la Unidad de Investigación "Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano", de la Universidad de Alicante)* nº 3 (2002), págs. 103-108.
- YORBA-GRAY, Galen B.: "Don Quixote till Kingdom Come: The (Un)realized Eschatology of Miguel de Unamuno". En: *Christianity and Literature* nº 54

(2005), s.n.p. (<http://www.questia.com/googleScholar.qst;jsessionid=LGWKlkCkBRwT6y71M85Ygq0Gyp2bv5S62BQch4vVK0PtPQJF611!-1089623074!532237999?docId=5009768008> ; consulta: 25 de febrero de 2014).

ZIOLKOWSKI, Eric J.: *The Sanctification of don Quixote. From Hidalgo to Priest*. University Park: Pennsylvania State University, 1991.